

Domingo de la Santísima Trinidad - 2025 (Jn. 16, 12-15)

En las primeras páginas del Génesis nos encontramos con una afirmación honda sobre nuestra identidad como seres humanos: estamos hechos a imagen y semejanza de Dios. Y en nuestro canto lo decimos con un lenguaje más cercano aún: “de tal palo tal astilla”.

Pero, ¿a imagen de qué Dios? La fiesta de la Santísima Trinidad que este domingo nos propone la Iglesia, nos regala la oportunidad de mirarnos en esa fuente de la que brota nuestra vocación más profunda, el Dios Comunidad revelado en Jesús de Nazareth. Mirando a Jesús, sabemos que nuestro Dios, lejos de ser arbitrario y castigador, ajeno a nuestras luchas y dolores, es compasión, cercanía y ternura, especialmente con aquellas y aquellos que más sufren, que con entrañas de madre busca apasionadamente lo perdido hasta encontrarlo y hace fiesta por cada vida que renace.

Nuestro Dios Comunidad, siempre más grande e infinitamente mayor a cualquier esquema en el que lo queramos encerrar, nos habla de *la vida como un don*; de *poner la relación en el centro* y de *vivir la compasión como expresión de nuestra fe*, como lo vivió Jesús apasionadamente. La Trinidad es como una única trama donde lo diverso se entreteje en el don que el Padre, el Hijo y el Espíritu hacen de sí mismos y donde nuestra humanidad, en Jesús resucitado, también se entrelaza en ese único amor.



A imagen de ese Dios, lo más hondo de nosotros, es ser un regalo, un don, no el cálculo mezquino que da si recibe; es ser en relación, en vínculos de reciprocidad y no la autorreferencia; lo más nuestro es la compasión que ve, sana, ‘pierde tiempo’ para hacerse cargo, y no la indiferencia ante el sufrimiento; lo más nuestro es la vida, en todos sus impulsos por nacer y crecer, y no la muerte. Desde el don, la relación y la compasión podemos entrelazar lo que somos, colaborando en ese tejido de una vida más posible de ser vivida para todas y todos.

Cuánto puede interpelar hoy la fe que proclamamos en un Dios así, en este mundo donde preventivamente nos atacamos, donde mueren miles de inocentes, donde la vida de muchas personas pareciera no tener rostro ni importancia, donde tantas mujeres, niños y jóvenes viven la pobreza, el maltrato y la falta de sentido. Cuánto puede animar hoy en este *mundo otro* donde la vida puja por nacer, donde hay tantos esfuerzos por amar, por cuidar, por desarrollar creativamente la vida; donde tantas horas son para acompañar un enfermo en silencio, para esperar procesos de cambio, para apostar por algo nuevo después de tantos desaciertos.

Podemos preguntarnos: ¿ponemos en el centro lo que da más vida a nuestra propia vida, a nuestra familia, a nuestros espacios, a nuestra sociedad? ¿Qué estilo de vínculos y relaciones entablamos? ¿Es la compasión la expresión más honda de nuestra fe? Que el Espíritu de Jesús resucitado nos ayude a descubrir que nos habita una fuerza creadora que nos sostiene en la vida continuamente, y nos mueve a entretejer la trama con el don que es cada uno, cada una, a imagen del Dios Trinidad.

Carina Furlotti